HARLEQUIN™

Bianca™

Pasión en privado

Annie West

Pasión en privado

Annie West

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Annie West. Todos los derechos reservados.
PASIÓN EN PRIVADO, N.º 1852 - julio 2011
Título original: The Greek Tycoon's Unexpected Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-670-2
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

STAVROS Denakis observó a la multitud reunida en la villa y se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción.

La fiesta de compromiso estaba resultando perfecta. Tal y como la había planeado.

Hacía una noche magnífica para una celebración. El terciopelo negro del cielo del Egeo estaba plagado de estrellas y corría una suave brisa que atenuaba el calor. Los murmullos y las risas de los invitados se alzaban por encima de la música. Las cajas de botellas de champán se vaciaban tan pronto como llegaban.

Stavros enseguida localizó la silla de ruedas de su padre en el porche de la casa. El hombre sonreía, algo poco habitual en él, mientras charlaba con uno de sus amigotes. Incluso de lejos podía percibirse su renovado vigor.

Sí. Había sido un acierto decidir hacer el anuncio del compromiso aquella noche.

Vio sin la menor emoción cómo Angela bajaba las escaleras del porche, atrayendo todas las miradas, incluso las de toda aquella gente guapa y rica. Era una mujer increíblemente elegante que llevaba con total normalidad el collar de diamantes que él le había regalado. Movía las caderas muy ligeramente, como haciendo una especie de sensual promesa. Para el hombre señalado.

Era la novia perfecta.

Se unió a un grupo de invitados que no eran ni familiares ni amigos. Eran socios de negocios.

Angela comprendía la importancia que tenían aquellos nuevos socios en la expansión comercial de los Denakis. No eran indispensables para Stavros; nadie lo era. Pero sí eran útiles, por lo que merecía la pena dedicarles un poco de tiempo y esfuerzo. Ella ya había conseguido deleitar al grupo con su belleza y su atención.

Angela tenía una mezcla perfecta de inteligencia y atractivo físico, de sensualidad e ingenio, de carácter y obediencia a los deseos de Stavros.

Sería la esposa perfecta para el director general de Denakis Internacional.

–*Kyrie* Denakis.

Oyó la voz del jefe de seguridad que lo llamaba y de inmediato se sintió molesto. Sin duda había habido otro intento de intromisión de la prensa y debía de haber sido algo serio para que Petros lo molestara en medio de la fiesta.

Sus empleados llevaban semanas repeliendo a los paparazzi que trataban de colarse en la celebración de aquella noche. Habían tenido incluso que prohibir que se sobrevolase la isla donde se encontraba la casa para preservar la intimidad.

–¿Hay algún problema?

Una expresión de incomodidad invadió los rasgos de Petros. Stavros se tensó de inmediato, pues no era habitual ver inquieto a su jefe de seguridad, lo que quería decir que algo no iba bien.

–Tenemos un... imprevisto, *kyrie*.

Stavros asintió, instándole a que le dijera algo más.

–Ha venido una joven.

¿Cómo lo habría hecho? ¿Habría escalado el muro que rodeaba la casa? ¿Habría llegado nadando por el océano? Fuera como fuera, el resultado era grave, a juzgar por el gesto de Petros.

–¿Y?

–Exige verlo.

Por un momento, Stavros notó que se le abrían los ojos de par en par sin dar crédito a lo que oía. No podía creer que alguien *exigiera* verlo y menos aún que su gente no hubiera sido capaz de echar de su propiedad a una mujer joven y sola, por muy exigente que fuera. No pudo evitar sentir curiosidad.

–¿Quién es esa joven?

–Se niega a decir su nombre, *kyrie*.

Stavros alzó una ceja.

–Y aun así te incomoda su presencia –pensó en voz alta–. ¿No es de la prensa?

–Dice que no, no lleva ningún distintivo. Tampoco se comporta como una periodista.

Ante eso no protestó, pues sabía que sus hombres eran buenos profesionales que sabían cómo hacer su trabajo.

–¿Pero...? –era evidente que había algo más.

–Dice que tiene que verlo urgentemente, quiere hablar con usted en privado.

Si hiciera un hueco para todos aquéllos que deseaban verlo y hablar con él, Stavros jamás podría estar solo, ni habría tenido tiempo para dirigir la empresa de joyería más exclusiva del mundo.

Durante generaciones, la Casa Denakis se había ganado la reputación de llevar a cabo unas magníficas creaciones artísticas que adquiría la élite internacional. Las piezas de los Denakis lucían en la realeza de diferentes países, si podían permitírselas, y marcaban los niveles de calidad a los que aspiraban otras empresas. Dirigir el negocio no sólo requería dedicación, perspicacia e instinto, también una firmeza implacable.

Controló su impaciencia mientras Petros le acercaba un monitor portátil que le cabía en la palma de la mano. La pantalla mostraba una joven sentada con la espalda muy recta. Estaba de espaldas a la cámara, pero

Stavros pudo ver que era delgada y tenía el cabello negro.

Le llamó la atención su postura. Parecía estar alerta, pero no nerviosa; no proyectaba la menor aprensión, su actitud era más bien digna, casi regia.

Frunció el ceño ante tal seguridad. ¿Quién era aquella mujer que se sentía tan segura de sí misma después de colarse en su propiedad? Algo en ella lo hizo dudar por un momento. ¿La conocía? ¿La había visto antes?

No importaba. Lo que importaba era que no había sido invitada a la fiesta y, por tanto, Stavros no pensaba recibirla.

–Acompáñala a la puerta –dijo devolviéndole el monitor–. Dile que pierde el tiempo.

Pero Petros no se movió. Se aclaró la garganta.

–Hay algo más, *kyrie*. Quizá le interese hablar con ella.

–¿Por qué habría de interesarme?

La incomodidad de Petros era cada vez más evidente.

–Tiene su anillo. Con el sello de la familia.

Stavros se quedó helado. Miró el duro rostro de su jefe de seguridad. Petros llevaba en la familia el tiempo suficiente para conocer el anillo de la familia si lo veía.

Aunque hacía ya cuatro años que había desaparecido.

–¿Lo tienes? –preguntó Stavros extendiendo su mano, pero Petros negó con la cabeza.

–Lo he visto de cerca. Lo lleva colgado del cuello en una cadena y se niega a desprenderse de él hasta no hablar con usted. Podría habérselo quitado, pero me pareció mejor esperar y estar seguro...

Estar seguro de quién era esa mujer.

Stavros volvió a sentir la punzada de la curiosidad con tal intensidad que empezó a inquietarlo.

En su vida no había sorpresas desagradables. Tenía un verdadero ejército que se asegurara de que así fuera. Tanto su vida personal como la profesional seguían un plan ideado cuidadosamente. Cada día se enfrentaba a desafíos, oportunidades y objetivos que cumplir, pero con su determinación, su riqueza y su habilidad para los negocios, el éxito estaba siempre garantizado.

Su anillo.

Respiró hondo, intentando no sentir aquel torbellino de emociones casi enterradas.

Debía recuperar aquel anillo para poder pasárselo a la siguiente generación igual que lo había heredado él y muchos otros ancestros suyos antes que él. Sus antepasados lo habían llevado durante la guerra de Independencia y también cuando habían viajado a Bizancio en busca del favor del emperador.

Aunque había recuerdos más recientes. Recuerdos que Stavros prefería olvidar.

Recuerdos de la única vez de su vida en la que Stavros había fracasado.

–¡Vamos! –dijo alejándose del ruido de la celebración de su compromiso–. Enséñame a esa mujer que afirma tener mi anillo.

Tessa se negaba a rendirse al cansancio que amenazaba con apoderarse de ella ahora que por fin había llegado. Echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y se dispuso a esperar.

Un poco más y luego todo habría acabado. Después podría descansar.

Examinó la pared blanca que tenía delante, la mesa vacía y la silla. ¿Para qué se utilizaría aquella habitación? Parecía una sala de interrogatorios.

Sintió un escalofrío cuando un repentino recuerdo

apareció en su mente. La imagen de otra habitación pequeña y sin ventanas. No tan limpia, ni tan silenciosa. La pintura de aquellas paredes estaba levantada y bajo ella había podido ver los ladrillos. El suelo estaba lleno de arena y suciedad.

Y el olor. Se le revolvió el estómago con sólo recordarlo.

El olor del miedo y del dolor había empapado aquella habitación.

Devolvió su mente al presente con determinación. Ahora estaba en la otra punta del mundo, literalmente, y aquella habitación ya no existía, hacía mucho tiempo que había sido convertida en escombros.

El problema era que los recuerdos no se destruían tan fácilmente como los edificios.

Tessa respiró hondo y, de manera automática, se llevó la mano al talismán que llevaba colgado al cuello en una cadenita. Resultaba reconfortante sentir su peso entre los pechos. La había acompañado en los momentos difíciles, le había hecho albergar esperanza en momentos de necesidad y desesperación.

Ahora estaba allí para devolverlo. Ya no lo necesitaba.

Había sido una enorme sorpresa descubrir que su verdadero dueño estaba vivo. Se había quedado inmóvil, mirando la revista durante varios minutos, observando el rostro del hombre en el que no había podido dejar de pensar durante los últimos cuatro años. La sala de espera del aeropuerto se había convertido en un borrón a su alrededor porque lo único que había podido ver con claridad habían sido sus rasgos inconfundibles. Aquel aire arrogante que daba cuenta de su poder.

«La pareja de oro: Stavros Denakis y Angela Christophorou. ¿Habrá anillos de boda para dos?». Había dicho el pie de foto.

La imagen había mostrado una sofisticada pareja entrando en un club. Ella era guapísima, elegante como una modelo, con un vestido plateado que se ajustaba a sus curvas y dejaba un generoso y moderno escote. Y con unas joyas de diamantes tan impresionantes como ella misma.

Sin embargo a aquella bella mujer le hacía sombra el hombre que la acompañaba; alto, fuerte y con un rostro que miraba a la cámara con gesto intimidatorio. Un hombre poderoso con un atractivo que no podría pasarle desapercibido a ninguna mujer.

Tessa tragó saliva para intentar deshacer el nudo de emoción que se le había formado en la garganta. Aún recordaba el reconfortante tacto de su mano, el roce de sus labios, fugaz pero ardiente. El modo en que sus ojos se habían oscurecido al mirarla.

No comprendía cómo podía recordar hasta el más leve detalle después de tanto tiempo, recordaba incluso el escalofrío que le había provocado el sentir su mirada sobre sí.

Pero claro, era el hombre que le había salvado la vida.

Cada minuto que habían pasado juntos había quedado grabado en su mente y, durante aquellos años, los había revisitado a menudo y había tomado fuerza del recuerdo de la fuerza de aquel hombre, de la increíble sencillez con la que había aceptado que ella lo necesitaba.

Su recuerdo había sido un talismán aún más potente que la joya que le pertenecía.

El sonido de unos pasos rápidos y decididos interrumpió sus pensamientos y la hizo tensarse, preparándose para verlo.

La puerta se abrió y apareció él. Stavros Denakis.

Tessa abrió los ojos de par en par al verlo. Era más alto y fuerte de lo que recordaba, prácticamente lle-

naba todo el vano de la puerta. Vio cómo su mano apretaba el picaporte y su pecho se ensanchaba al respirar hondo.

Su rostro podría haber estado esculpido en piedra, en él pudo ver una expresión de sorpresa al verla. Sus ojos se clavaron en ella, la observaron de cintura para arriba, pues era todo lo que podía ver de ella sentada a la mesa.

Tessa sintió como si su mirada pudiera tocarla y alzó bien la barbilla para mirarlo ella también.

Lo reconoció de inmediato y no sólo por su aspecto, sino por cómo todo su cuerpo reaccionaba a él, cómo se le aceleraba el pulso y se le encogía el corazón.

Lo habría reconocido en la oscuridad y con los ojos vendados.

Aquél era el mismo efecto que había provocado en ella la primera vez. ¿Por qué le sorprendía que nada hubiera cambiado?

Dio un paso hacia ella y se detuvo frente a la mesa.

–¿Quién eres? –le preguntó con voz profunda, apenas un susurro, pero con tal fuerza que garantizaba una respuesta.

–Tessa Marlowe –respondió ella a pesar de la sequedad que sentía en la boca.

Él movió la cabeza de un modo que daba a entender que rechazaba tal hecho. Volvió a hacerse el silencio. Entonces él apoyó ambos puños en la mesa y la miró detenidamente. Tessa sintió ganas de esconderse de sus ojos. Respiró hondo para intentar calmarse, pero lo único que consiguió fue sentir su aroma y todo su cuerpo reaccionó de inmediato.

–¿No me recuerdas? –dijo ella con voz tensa.

Sus ojos seguían observándola, pero no parecía haber la menor señal de reconocimiento en ellos.

–¿Quién eres? –insistió.

–Ya te lo he dicho. Soy Tessa Marlowe.

–¡No! –exclamó dando un golpe en la mesa–. Tessa Marlowe murió hace cuatro años.

Había esperado que reaccionara con sorpresa, que se quedara atónito, pero no que se enfadara. La fuerza de su ira le cortó la respiración, pero se esforzó por recobrar la compostura y hablar.

–Te equivocas –le sorprendió oír su propia voz tan tranquila–. Resulté herida y perdí el conocimiento, pero eso es todo.

Él siguió mirándola.

–Demuéstramelo.

Tessa se llevó la mano al cuello y se sacó de debajo de la camiseta el anillo que había conservado y cuidado durante aquellos años. Tardó unos segundos en estirar los dedos para que él pudiera verlo.

Él lo miró fijamente, sin pestañear siquiera. Una corriente de energía fluyó entre ellos.

Después de un largo silencio, Tessa oyó cómo él volvía a tomar aire y supo que por fin la creía.

Stavros miró el anillo que había en la palma de la mano sin dar crédito a lo que veía.

Lo habría reconocido en cualquier parte. El círculo de oro, algo gastado pero aún muy sólido. La pieza central gravada en tiempos inmemoriales con la imagen de un cazador enfrentándose a un león. Había sido diseñado para servir de sello, la marca que identificara a un hombre poderoso.

Ahora era también el símbolo de la Casa Denakis. Una versión algo más estilizada de ese cazador aparecía en las puertas de las tiendas que la empresa tenía en Atenas, París, Londres, Nueva York, Zurich y Tokio.

Estiró el brazo para tocar la superficie del anillo.

Sus dedos rozaron la palma de la mano de aquella mujer y la sintió estremecerse.

Entonces sí que estaba nerviosa. El modo en que lo miraba con la cabeza bien alta daba una imagen de total seguridad en sí misma.

Volvió a mirar el anillo. No había duda de que era el original y no pintaba nada colgado de aquella cadenita barata.

Frunció el ceño. Necesitaba una explicación.

Volvió a agarrar el anillo y esa vez ella apartó la mano. Fingió estar estudiándolo, pero lo cierto era que toda su atención estaba centrada en ella. En el modo en que sus pechos subían y bajaban, en el suave sonido de su respiración, en el aroma a jabón que desprendía su piel y que, por algún motivo, resultaba más evocador que los caros perfumes a los que él estaba acostumbrado.

Dejó caer el anillo y levantó la mirada hasta sus ojos.

Incluso ahora que estaba preparado, volvió a sorprenderle encontrarse con su imagen. Al entrar en la habitación había creído estar viendo un fantasma. Se había quedado paralizado.

Tessa Marlowe había muerto cuatro años atrás en una explosión que se había cobrado una docena de vidas. ¡Tenía una copia de su certificado de defunción! El recuerdo del día en que había muerto nunca lo había abandonado.

Y sin embargo allí estaba. Viva. La idea le provocó un escalofrío.

Por un instante se preguntó a quién habrían identificado por error como Tessa Marlowe después del estallido de la bomba. Porque no tenía la menor duda de que la mujer que tenía delante era Tessa Marlowe. Los pómulos marcados, el cuello elegante y su rostro redondeado. Y aquellos ojos.

Había conocido a otras mujeres de ojos verdes, pero ninguna que los tuviera de aquel color puro de la esmeralda, un color que sólo había visto en las piedras más preciosas. Cualquier coleccionista habría pagado una fortuna por una piedra de aquel color. Era único.

Sin duda era Tessa Marlowe. Era inconfundible.

Pero estaba distinta. Algo en sus ojos hacía pensar que había visto más de lo que le habría gustado. También había cambiado físicamente. Cuatro años antes había sido una mujer delgada, ahora parecía frágil. Sin embargo sus labios seguían siendo carnosos.

Recordaba aquella boca, había soñado con ella durante meses después de conocerla. Era una especie de invitación en medio de su bello rostro.

–¿Qué estás haciendo aquí? –las palabras salieron de su boca como un gruñido.

Vio cómo sus ojos se abrían de par en par.

¿Acaso pensaba que la recibiría con los brazos abiertos después de tanto tiempo? ¿Que aceptaría su aparición sin preguntas ni recriminaciones? No podía ser tan ingenua.

–He venido a devolvértelo. El anillo –mientras hablaba abrió el cierre de la cadena y sacó el anillo.

Se lo tendió con una mano temblorosa.

–¿Y por qué me lo traes ahora? ¿Qué explicación puedes darme?

–Es tuyo –afirmó frunciendo el ceño en un gesto de confusión–. Sé que no querías que yo lo tuviera tanto tiempo. Si hubiera podido devolvértelo antes, lo habría hecho.

En un ataque de ira, Stavros le agarró la mano y la apretó entre sus dedos.

–¿Acaso pretendes que crea que has tardado todo este tiempo en ponerte en contacto conmigo? ¿Cuatro años? –añadió con furia.